Recuerdos de un turista

El tercer día de nuestra estancia en Andalucía, salimos los cuatro por la mañana desde Nerja para hacer un tour por el sur de España. El coche que hemos alquilado en el aeropuerto de Málaga no tiene ninguna pega. Primero, visitamos Gibraltar, en la que nos sorprende cómo está organizado el tráfico. La pista de salida y de aterrizaje en la península está cerrada con una barrera y discurre perpendicular a la pista de aterrizaje. Las vistas son preciosas. Subimos a la montaña en coche con toda la cara. Al final se acaba la carretera de la Montaña de Gibraltar, claramente señalado con una placa de metal y una manada de monos merodeando a su alrededor.

En el horizonte se puede divisar la africana Ceuta, y a cuatrocientos metros de la orilla unas boyas flotantes que señalan el lugar de la catástrofe del Libertados con el general Wladyslaw Sikorski. Vamos por túneles cavados en piedra caliza, casi podemos ver a soldados británicos del siglo XIX peleándose con coloridos uniformes. Contemplamos unos pequeños tanques cuyos cañones apuntan a África. Al otro lado de la alta montaña, a sus faldas, hay muchos barcos atracados en el puerto. Después de tres horas bajamos a la ciudad y de paso nos libramos de los fastidiosos monos. Ya nos lo habían dicho: te quitan los teléfonos móviles, el bolso, las botellas con la bebida, lo que puedan. Después se sientan en lo alto de un árbol, al que no llegan los turistas, y vacían su contenido. Nos ponemos en camino hacia Cádiz siguiendo la costa del Atlántico. La ciudad causa una impresión agradable. Partimos del puerto y nos disponemos a visitar los lugares y edificios más bonitos. Sentados en la parte superior del autobús turístico disfrutamos de la arquitectura y con la ayuda de un lector nos familiarizamos con su historia a través de los auriculares.

Pese a que es tarde, nos decidimos a ir a visitar Sevilla por la noche. La distancia entre Cádiz y Sevilla la cubrimos con lo que nos queda de gasolina. El motor se apaga justo cuando entramos en la gasolinera. Paseamos por el centro histórico, absorbiendo la belleza de las plazas, de las callejuelas, de la catedral antigua. Cae la noche y nosotros, al mirar el mapa, nos sorprendemos al darnos cuenta de que nos separan cientos de kilómetros hasta Nerja. Ya llevamos quince horas de viaje y visitas a nuestras espaldas, y yo dos litros de cerveza y tres vinos degustados, cuando oigo las palabras de Krzysiek:

- Ponte al volante, yo no puedo seguir, se me cierran los ojos, lo siento tío, pero me estoy quedando sin fuerzas y no quiero que me peséis luego en la conciencia.

Consternación. Krzysiek había dicho desde el principio que iba a conducir todo el tiempo y realmente, lo estaba haciendo muy bien. Tampoco había bebido nada de alcohol, no como yo.

Ya estoy a punto de echarle la bronca, para que reflexione, cuando las señoras, muy entretenidas, sin darse demasiada cuenta de la gravedad de la situación, me miran con ojos implorantes, y gritan:

- Marek, venga, vamos, ya es tarde. Que no vamos a llegar hasta mañana por la mañana. Es de noche, no hay tráfico, ya te las arreglas seguro de alguna manera, vamos a estar pendientes de que no te duermas.

Está claro que las mujeres son diferentes, pienso. Miro a Krzysiek a los ojos y me doy cuenta de que tiene una crisis de la leche. No solo no está en condiciones de conducir, pero es que hasta da miedo llevarle de pasajero. Abro del todo la ventanilla del conductor. Me santiguo, para que Dios nos tenga bajo su amparo y me siento al volante. Pese al cansancio acumulado a lo largo del día y a la hora de la noche que es, las señoras intentan (desgraciadamente a veces con pausas) darme conversación. Ponemos una estación de radio española en la que suenan grandes éxitos y que no tiene muchos anuncios.

Muerto de cansancio, casi con los ojos cerrados, llegamos a Nerja a las cuatro de la madrugada, no sin antes haberme equivocado dos veces en la rotonda de entrada al pueblo. ¡Caramba!

Tras descansar un día, a la hora del desayuno, Krzysiek nos anuncia a todos que o vemos la Alhambra hoy o no la vemos. Ha soñado que vamos a conseguir entradas sin problema. Así que tenemos la genial idea de ir, con eso de que hay entradas…Nos tienta el conjunto de palacios árabes fortificado de finales del siglo XIII. Ya es por la tarde y después de dos horas cortas en coche llegamos a Granada y aparcamos en un lugar no autorizado muy cerca de la Alhambra. …Sin ser conscientes de la situación, pagamos al impostor local de turno y que nos aconseja cómo aparcar y que además se lleva 20 euros “para las entradas”, nos indica dónde está la taquilla y…desaparece sin dejar rastro. El

sueño se hace realidad, ya que en la taquilla del conjunto palaciego hay entradas para turistas individuales.

La Alhambra, que en árabe significa “la torre roja”, nos atrapa. El conjunto palaciego fortificado fue construido entre los años 1232-1273. Los califas árabes fueron expulsados de Granada a finales del siglo XV. Caminamos sin cesar por los patios y las salas de los palacios. Buscamos la sombra de las columnas, nos refrescamos con el agua que corre por los jardines.

Finalmente desistimos de intentar descifrar los versos del Corán inscritos en la ornamentación y deambulamos sin rumbo por Granada. Ya está todo cerrado.

El reloj marca las seis y media cuando Krzysiek tiene otra brillante idea:

–¡Vamos a la sierra! Pradollano no queda lejos.

–Para, para – digo. – Van a dar las siete, no nos da tiempo.

Las señoras se entusiasman: ¡Vamos, va a ser precioso! Me quedo en minoría. Aunque es tarde, decidimos subir a la sierra por la estrecha y curvilínea A395. Nos espera un camino difícil, la carretera es muy empinada y está llena de curvas. A lo lejos se divisa la cordillera de Sierra Nevada. Esta se levanta a más de dos mil metros sobre el nivel del mar. Este conjunto se formó durante la Orogenia Alpina y ofrece unas de las pistas de esquí más septentrionales de Europa. El eslogan: “Por la mañana, esquiar; por la tarde, golf y playa”, impone.

Krzysiek se sienta al volante para subir a Sierra Nevada.

–- Vaya vistas vamos a tener- dice, como siempre convencido y confiando en el éxito.

En ese momento veo que el indicador de combustible marca cero e incluso menos, por lo que le pido una vez más que pare y ponga gasolina. A Granada ya habíamos llegado “en reserva”. Justo estamos al lado de una gasolinera. Krzysiek vuelve a decir que no:

– Dejadlo estar, es tarde y hay mucha cola. ¡Ya encontraremos algo por el camino!

Y pese a mi clara oposición no se para ante los surtidores. Emprendemos el camino.

Rezo de corazón para que aparezca una gasolinera, pero llevamos ya veinte kilómetros y…nada. No sé cómo vamos a seguir.

Krzysiek dice que seguimos „con lo que nos queda de combustible".

Interesante, pienso. ¿Qué va a decir cuándo ahora nos quedemos parados y *finito*, fin del viaje. ¿Va a haber algún arcén? Porque la carretera es estrecha. La noche en las montañas, sin mantas, sin gasolina, sin comentarios. No obstante, el coche sigue subiendo penosamente por la montaña. ¿*Perpetum mobile* o qué? Cuando siento que tengo ya los nervios a flor de piel, al girar en la curva, aparece una pequeña gasolinera. ¡Abierta! Es un milagro que la hayan construido en un sitio así.

Estoy enfadado y quiero tomarme un café, pero todos me gritan:

– No tenemos tiempo, ya nos lo beberemos arriba. ¡Sigamos, sigamos!

– Esta vez no voy a ceder – replico enfurecido. Me dirijo al bar, donde me bebo una buena taza de café caliente. Cuando vuelvo, reina el silencio en el coche. ¿Están enfadados o qué? – pienso. Por fin, escucho las quejas:

– Vamos a llegar de noche por tu culpa, no vamos a ver nada.

– ¡Dejadlo ya, terroristas! –exclamo categóricamente - ¿De qué retraso habláis? – pregunto - ¿por un café?

– Podías habértelo bebido dentro de un poco con nosotros en las montañas, eres un egoísta y solo miras por ti – es la respuesta que escucho.

Por fin se ve el pueblo de montaña, con unos preciosos hoteles y las montañas y el cielo azul apagado de fondo. Dentro de poco caerá la noche. En lo alto las cumbres nevadas. La carretera llega hasta el centro, hay una plaza grande en la que nos detenemos. Y nos quedamos atónitos.

¡No hay nadie, ni un alma! Impera un silencio absoluto, si no se tiene en cuenta el sonido de la cascada que discurre por encima de la plaza. Vamos de un bar a otro. Todo, literalmente todo, está cerrado: los hoteles, las tiendas de alquiler de equipos, el teleférico, las tiendas. No vemos ni a una sola persona en todo el pueblo. Todos los bares y los restaurantes están cerrados y las calles desierta. Ando, miro, admiro el panorama y me río de ellos y del café que nos íbamos a tomar. La estación de invierno

está totalmente muerta. Como si a todo el mundo le hubiera abducido un OVNI.

A la media hora aparecen dos policías – las únicas almas vivientes del pueblo. Empieza a caer la noche. Nos apresuramos y hacemos unas fotos y volvemos a bajar. Miro fijamente a Krzysiek, que no tiene muy buen aspecto.

Me sorprendo al darme cuenta de que bajamos a gran velocidad, solo con el freno de mano, sin ninguna marcha. Se lo digo inmediatamente y le pido que ponga una marcha. Seguimos bajando a gran velocidad, por la carretera curvilínea y empinada solo con el freno de mano. No pone la marcha. Ni siquiera reacciona. Se lo repito y al final le ordeno:

– Tienes que poner la marcha, nos vamos a salir de la carretera, ¡hay un montón de curvas! – me corrijo - ¡solo hay curvas y dentro de nada va a ser demasiado tarde!

Elżbieta me da disimuladamente para que pare, porque va a haber bronca. La pobre no se da cuenta de vamos a matarnos. Efectivamente, las mujeres son diferentes - me vuelve a la memoria la frase de hace dos días. Me quedo pasmado cuando Krzysiek responde:

– Cada uno tiene un estilo conduciendo, y el mío es este.

Esto ya hace que me cabree. En el momento en el que voy a decir que me bajo y que ya volveré, Basia llama la atención sobre lo bonita que es la vista.

–Abajo se ven tres lagos de color azul marino, son preciosos, ¡vamos a hacer una foto! – exclama entusiasmada, seguramente también para distender un poco el ambiente. Krzysiek para el coche.

Nos bajamos. Se siente un fuerte olor a quemado. Alrededor de nuestro coche se forma una cortina de humo que empieza a tapar la vista de los preciosos lagos montañosos azul marino. Ni hablar de aire cristalino. Se enciende una llama en la chapa recalentada.

– ¿Y qué? – le digo a Krzysztof - ¿tu estilo?

La siguiente parte del trayecto la hacemos usando las marchas. Es medianoche cuando llegamos a la rotonda de entrada a Nerja. Esta vez no nos equivocamos de camino y llegamos a la puerta del edificio donde tenemos alquilado el apartamento.

Krzysiek ya no está entre nosotros. No le guardo rencor por el estrés sufrido en el coche. Quería a su mujer a y a sus hijos con locura. Siempre se puso el listón muy alto. Su familia tenía que tener todo. La muerte de Krzysiek me hizo ser consciente de que al marcarnos los objetivos vitales, no podemos dejar de tener en cuenta las condiciones realistas del mundo exterior y, sobre todo, nuestras propias capacidades físicas. El medir la fuerza con las intenciones y el proponerse los objetivos más ambiciosos, en su caso acabó en tragedia.

No debemos de dejar nunca que nos chantajeen la actitud desafiante de nuestros más allegados. Si alguien nos quiere de verdad, no pedirá nada más que amor a cambio.